

Revista Oficial del Poder Judicial

ÓRGANO DE INVESTIGACIÓN DE LA CORTE SUPREMA DE JUSTICIA DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

Vol. 13, n.º 16, julio-diciembre, 2021, 441-481

ISSN: 1997-6682 (Impreso)

ISSN: 2663-9130 (En línea)

DOI: 10.35292/ropj.v13i16.508

Ravage, de Barjavel: la epopeya de Vichy

Ravage, by Barjavel. The epic of Vichy



RICARDO RABINOVICH-BERKMAN

Universidad de Buenos Aires

(Buenos Aires, Argentina)

Contacto: ricardorabinovich@derecho.uba.ar

<https://orcid.org/0000-0002-9286-875X>

RESUMEN

Año 1942. El escritor francés René Barjavel compone la breve novela de anticipación *Ravage*. Lo hace en la Francia de Vichy, en pleno auge del «Estado nuevo» del mariscal Pétain. ¿Qué relaciones pueden plantearse entre el nuevo orden impuesto por el viejo militar y político para su derrotado país y el que se imagina en esta obra literaria? ¿Es esta novela posapocalíptica una especie de epopeya justificadora del régimen de Vichy? A estas y otras inquietudes pretendemos aproximarnos en las humildes páginas que siguen.

Palabras clave: Vichy; Pétain; Barjavel; *Ravage*; fascismo; Francia.

ABSTRACT

Year 1942. French writer René Barjavel composes the short novel *Ravage*. He does it in Vichy's France, in the climax of the «new

State» of marshall Pétain. What kind of relations may exist between the new order imposed by the old soldier politician for his defeated country and the one imagined in this literary work? Is this post-apocalyptic novel some sort of justifying epics of Vichy's regime? To these and other inquiries we try to approach in the humble pages that follow.

Key words: Vichy; Pétain; Barjavel; *Ravage*; fascism; France.

Recibido: 16/10/2021 Aceptado: 15/11/2021

1. SOBRE LAS OBRAS AGRADABLES Y LAS IDEAS DESAGRADABLES

Me gusta bastante el rock pesado, incluso el «metálico». Tiempo atrás, escuché una canción que me encantó, por su fuerza y su ritmo. La hallé primorosamente ejecutada. El idioma era islandés, así que me costó entender la letra al oído y fui a buscarla en internet para leerla. Quedé espantado.

Se trataba de una especie de himno religioso neopagano. Traía claras alusiones positivas a ideologías supremacistas vinculadas con intentos de resurrección nazi. Lamenté haber descifrado las estrofas, porque los sonidos, rebeldes, pugnaban por acuartelarse en mi mente y acompañarme a todas horas.

Recordé entonces a mi querido padre. Porque una de sus grandes tragedias cotidianas era que su música preferida, como también la de su madre, mi abuela judía, era la del «encantamiento del fuego mágico» de *La valquiria* de Wagner. No solo le preocupaba ese gusto en razón del notorio antisemitismo del compositor, sino porque, según me decía con tristeza (sus fuentes tendría), era la melodía favorita de Hitler.

No es lo mismo, sin embargo, que en el caso de aquel rock islandés. Porque la letra de aquellas óperas no portaba mensajes racistas explícitos (y mucho menos la instrumentación, es claro).

Entonces, parece que habría dos niveles bien diversos. Por un lado, estarían aquellas obras artísticas que a uno le resultan agradables, pero que de por sí se relacionan con ideas que uno rechaza, por ejemplo, por violentas o discriminatorias. Como podría suceder con la novela *La bolsa* de Martel o la película *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl. En ellas, el producto estético o artístico es inseparable de las ideas de quien lo genera. Porque estas creencias hacen a la sustancia, a la razón de ser de la obra. Es muy difícil sentir un verdadero agrado general por esta si se repudia el pensamiento que la enerva.

Podría llegar a admitirse, sin embargo, una satisfacción parcial. Podría, por ejemplo, elogiarse la calidad filmica de las tomas del film alemán mencionado, aunque su finalidad propagandística nazi provocara profundo disgusto. Podría, asimismo, alabarse la fuerza expresiva de las novelas antisemitas de Martínez Zuviría.

En estos casos, paradójicamente, lo loable se torna preocupante. Porque contribuye a la peligrosidad del producto, en tanto lo torna más atractivo. Y esa potencia suele, además, ser un pasaporte para su difusión «inocente». Pero siempre lo que se alabe serán solo aspectos, nunca la totalidad. Porque solo quien coincidiera con la ideología ínsita en la obra podría disfrutar de ella sin reparos.

La obra que motiva este modesto trabajo, empero, estaría dentro de otra categoría. Coloco en ella a los productos artísticos realizados por personas cuyas ideas, al momento de generarlos, pueden causar un profundo rechazo. Posturas discriminatorias, agresivas o cargadas de prejuicios, que a menudo excedieron del mero campo teórico para ingresar en la acción. O, al menos, en el apoyo a regímenes o grupos violentos y perseguidores.

Como ejemplo de esta situación en literatura se me ocurre Knut Hamsun. Escritor extraordinario, ganador con merecimiento sobrado del Premio Nobel en 1920, despertó la admiración de varias de las

plumas más brillantes del siglo. Entre ellas las de varios literatos judíos, como Kafka y Zweig. Incluso Isaac Bashevis Singer, uno de los autores hebreos más emblemáticos, le dedicó párrafos elogiosos. En lo personal, su estilo me fascinó desde que, aún adolescente, me llegó a las manos una traducción de *Victoria* (que estaba, dicho sea de paso, en la biblioteca de mis abuelos paternos, israelitas).

La verdad es que, más allá de su odio hacia Inglaterra, no eran demasiados los indicios que permitían prever la espectacular adhesión de Hamsun al nazismo. Ya octogenario, el escritor se fue volcando cada vez con más decisión hacia Hitler, por quien profesaba una admiración que sobrevivió a la derrota y muerte del líder alemán. Acusado de traidor y colaboracionista, se le impuso una multa moderada y se lo trató con delicadeza.

Miradas retrospectivamente, algunas obras de Hamsun pueden llegar a evidenciar cierto aroma remoto de las ideas que el autor acabaría sustentando en su vejez. Pero esa vista desde el futuro sería rebuscada y poco natural. Algo parecido sucede en el caso que aquí abordaremos.

2. RENÉ BARJAVEL, UN MISTERIO

Si ponemos en Wikipedia, ciertamente la enciclopedia más consultada del planeta, en idioma francés, «René Barjavel», de entrada nos encontramos con dos párrafos que nos hablan de su calidad como escritor, fundamentalmente en el campo de la ficción científica y la fantasía de anticipación (o de pasados remotos, como en *La noche de los tiempos*). Recién en el punto 1.2, brevemente, se hace referencia a sus trabajos literarios y sus ideas durante «la Ocupación». Para terminar así:

Tras la liberación de París [asombrosamente, «ocupación» iba con mayúscula y «liberación» no], no escapa a la ola de sospecha de la época. Denunciado públicamente como colaborador por el

Comité Nacional de Escritores (CNE) en 1944-1945, es blanqueado de estas acusaciones gracias notablemente a una carta de Georges Duhamel. Mientras que, por las mismas razones, el mismo comité demite a Robert Denoël de sus funciones, Barjavel dirigirá de hecho la casa editora hasta el asesinato del editor el 2 de diciembre de 1945¹ («René Barjavel», 2021c; la traducción es nuestra).

En inglés, Wikipedia simplemente ignora del todo estos percance («René Barjavel», 2021b). Igual sucede, en castellano («René Barjavel», 2020c). En ruso apenas si se menciona la desmovilización de Barjavel («René Barjavel», 2020b). En cambio, la entrada en italiano sigue bastante de cerca a la francesa («René Barjavel», 2021a). El premio se lo lleva la versión alemana, que no parece haberse enterado siquiera de la Segunda Guerra Mundial («René Barjavel», 2020a). ¿Será, entonces, que no fue tan importante el período 1940-1945 en la vida de René?

La enciclopedia *Universalis* tiene un abordaje diferente:

La guerra llega. Comienza un período de su vida que será muy reprochado al escritor: aquel en que su firma se lee en los diarios de la colaboración, *Je suis partout* o *Gringoire*. Refugiado mientras tanto en el sur de Francia, allí anima el *Eco de los estudiantes* (Frémion, s. a., párr. 2, la traducción es nuestra).

Parece que hay, entonces, algo fáctico, indiscutible: Barjavel vivió y trabajó en paz en la Francia de Vichy, publicando en periódicos fascistas filonazis. Es cierto, teóricamente se puede hacer eso y no tener ideas afines a las de Pétain o Hitler. Sería un caso muy raro, pero hipotéticamente posible. ¿Fue el de René?

Antes de avanzar en la respuesta de esa pregunta, recordemos que Barjavel había nacido a principios de 1911 en el tranquilo pueblo de Nyons, una antigua fundación en el sudeste de Francia,

1 Denoël es la editora del libro que nos convoca en este trabajo, justamente.

famosa por su importante puente romano. Se dice que era un hombre de origen humilde, con un padre panadero y un abuelo campesino. Que en su juventud trabajó de lo que encontrara, y muy temprano recaló en el periodismo. La guerra lo llevó a filas hasta la derrota de su patria. Antes de haber cumplido los treinta, René había pasado por bastante experiencia y tenía sus ideas. Estaba listo para ponerlas por escrito.

3. 1942

¿Puede haber un lugar mejor para escribir una novela distópica de anticipación, con características catastróficas, que un país ocupado por otro (o controlado como una marioneta por este)? ¿Y un momento más idóneo que el pleno epicentro de una guerra mundial, con un despliegue de armamento, recursos y soldados sin precedentes? Las coordenadas espaciotemporales en que Barjavel se sienta a redactar *Ravage* son, hay que reconocerlo, insuperables (no envidiables, por cierto).

1942 es el año en que la guerra, ya con la incorporación abierta de los Estados Unidos, muestra aún un destino incierto. Alemania está muy fuertemente afincada en el continente, de manera directa y mediante sus aliados. Desde el Pirineo (que lo separa de una península ibérica amiga) hasta bien adentro de la Unión Soviética, con la sola laguna de Suiza, el Tercer Imperio es amo y señor. Sus adláteres, con la excepción de Finlandia, que conserva una notable autonomía ideológica, se han «nazificado» completamente. El fascismo ha aceptado hace ya casi un lustro volverse francamente racista y antisemita, contradiciendo sin pruritos su espíritu inicial.

Europa se halla inmersa en un cono de sombra. La más macabra de las cosmovisiones que la humanidad haya construido, nacida en el seno de una de las culturas más sofisticadas del orbe, decide la suerte del Viejo Mundo. El Reino Unido, ya desaparecidas, al

calor de las llamas que han devastado Londres, las tenues simpatías que algunos ingleses alentaron por el nacionalsocialismo, resiste heroicamente, sin demasiadas esperanzas.

Lejos en el Oriente, una Rusia traicionada por Alemania, su original compañera de rapiña, tarda en reaccionar. Los japoneses, en diciembre del año anterior, han salvado al mundo sin quererlo. Toda posibilidad de llegar a un acuerdo entre las dos águilas, una de cada lado del Atlántico, como seguramente no pocos imaginaban, perece en Pearl Harbor. Pero el Sol Naciente ha golpeado a sabiendas, conocedor de su poderío militar enorme. Washington deberá desplegar una campaña colosal, de dimensiones nunca antes encaradas por ningún país. En 1942, eso está lejos aún. Es un año aciago.

Las tropas de la Wehrmacht han desfilado por París. La esvástica ondea orgullosa en la Torre Eiffel. Francia se ha rendido. Humillada, se le ha permitido sobrevivir en teoría, reducida a la mitad meridional, con la modesta Vichy como capital más *de iure* que *de facto*. El cuadro se agrava a fines de 1942, cuando las tropas del Reich se expanden libremente sobre casi todo el país, y las italianas en el resto. Barjavel escribe *Ravage* en ese escenario. Su patria (no hay motivos para dudar de sus afectos por Francia) está en el peor momento de su historia.

1942 es el año de *Casablanca*, el inmortal film de Michael Curtiz que pinta, desde el Protectorado de Marruecos, la situación de la Francia de Vichy. En un escenario opaco e incierto, se dibujan tres tipos de personajes que ofrecen, a su vez, una infinidad de matices y algunas intersecciones posibles. Son el colaboracionista, el partisano y el indiferente. Los dos primeros, bastante ayudados por la literatura y el cine, se van a volver muy franceses, tanto que el segundo va a ser conocido para siempre por su apodo galo: «maquis».

Francia, en 1942, está signada por el colaboracionismo. Ello no anula los muchos ejemplos de heroísmo y valentía en la protección de personas perseguidas, ni las épicas gestas de las bandas partisanas. Al contrario, les aumenta su gloria por contraste. Dentro del arco de los que colaboran están quienes, por convicción o conveniencia, actúan concretamente en favor del nazismo y del Reich. Denuncian vecinos judíos, integran las filas del ejército alemán, infiltran los grupos rebeldes. Pero hay otros que, aunque en la práctica resulten funcionales al presente estado de cosas, pueden verse a sí mismos como patriotas franceses.

Se trata de personas que encuentran verdad en las ideas nacionalsocialistas, aunque sea parcialmente. Adhieren al pensamiento hitleriano en sí, o bien a otras perspectivas con aspectos coincidentes. A veces, para quienes adoptan estas posturas, el gran error de Francia fue entrar en la guerra. Quizá ni siquiera hubiera sido necesario aliarse con Alemania. La realidad de Portugal y la vecina España les mostraban cómo era posible mantener una neutralidad amistosa. Tal vez, pensaban, esa hubiera sido la alternativa correcta. Con ella, la Torre Eiffel nunca hubiera sido violada por la esvástica, como no lo habían sido la Puerta de Alcalá ni la Torre de Belén.

1942 es el año del infame proceso de Riom, que puede ser visto justamente como una muestra de esta última posición, quizá la más nítida de todas. Como se sabe, mediante este teatral juicio el gobierno de Vichy procuró inculpar a las autoridades civiles de Francia por la derrota. Fundamentalmente a León Blum, que reunía las aborrecidas cualidades de socialista y judío, a Edouard Daladier, a Paul Reynaud y a Georges Mandel, también israelita, y más asumido como tal que Blum, pero ciertamente no de izquierda.

El proceso de Riom, cuidadosamente preparado por el gobierno de Vichy, nunca llegó a una sentencia (que estaba previsto que fuera definitiva, ejemplar e inapelable). Posiblemente porque las defensas de Blum y Daladier comenzaban a hacer tambalear la

acusación. En grandes rasgos, se imputaba al último gobierno, de tendencia socialista, haber dedicado dinero público a reformas y planes sociales en vez de dirigirlo a la mejora de la capacidad bélica. Pero los procesados estaban demostrando que el gasto militar había sido muy superior durante su mandato que en los anteriores. Y esto salpicaba de lleno a quien ostentaba ahora el poder en Vichy, y era el autoproclamado incentivador del juicio de Riom: el benemérito mariscal Philippe Pétain.

4. PÉTAİN, O LA PRIMAVERA DEL PATRIARCA

El mariscal emergió de la Primera Guerra Mundial como el héroe máximo de Francia. Pasó luego al África del Norte, donde condujo las acciones militares. En 1934 asumió el Ministerio de Guerra (período que sería evocado por las defensas, como vimos, en el proceso de Riom) y en el crucial año de 1939 presentó sus credenciales a Francisco Franco como embajador de Francia.

Mucho se ha escrito sobre las contradictorias y complejas circunstancias y características de la gestión de Pétain ante el gobierno franquista, naturalmente hostil a la República francesa por el apoyo de esta a su par española y la recepción masiva de exiliados en la Retirada de 1939. A grandes rasgos, parece que el mariscal salió bien parado de su difícil misión. Por un lado, las relaciones entre ambos países mejoraron. Francia devolvió dinero y obras de arte consignadas por el gobierno republicano español, y España comprometió su neutralidad ante la inminente gran conflagración. Por el otro, la imagen personal del embajador habría ganado en popularidad, de los dos lados del Pirineo.

Abiertamente opuesto a la guerra contra Alemania, Pétain es invitado a integrar el gobierno en 1940, cuando la derrota es evidente, y acepta en medio de un fuerte apoyo popular. De inmediato comienza a dar señales de su postura favorable a un acuerdo con

el Tercer Reich y su hostilidad a Inglaterra. El 16 de junio, dos días después de la caída de París y con el gobierno radicado en Burdeos, Pétain asume la presidencia del Consejo, apoyado por los líderes políticos del país. Horas más tarde, inicia las conversaciones con Hitler.

Tres discursos de Pétain, difundidos por la radio los días 17, 23 y 25 de junio, preparan entonces al pueblo galo para aceptar la derrota y, al mismo tiempo, acaban de minar la moral del ejército. La noción de que Francia (léase, el gobierno socialista anterior) sea la propia responsable de su desastre, comienza a mezclarse con una postura ideológica sencilla, basada en el regreso a la tierra y la construcción de un país diferente, que no cometa los aducidos errores de su estado antecesor. Al parecer, la pluma detrás de estos tres discursos fundamentales habría sido la de Emmanuel Berl, un intelectual judío que, a pesar de profesar un socialismo crítico, no era visto con antipatía por los reaccionarios (y sobrevivió a la ocupación).

«La tierra, ella no miente», dice Pétain en su alocución del 25 de junio, quizá con letra de Berl, como premonición de su visión de una Francia rural, recuperadora de supuestos valores tradicionales arraigados en la mente del campesinado galo. A esa mítica tierra sincera y pura, supuestamente habitada por familias honestas y conservadoras, se opondría la ciudad, cosmopolita, que despersonaliza e impone la pulsión del goce material vacío. De más está decir que, implícitamente, lo judío se relacionaba con la ciudad y se imaginaba ausente en el contexto campesino, tanto como vinculado con una avidez enfermiza de placeres materiales. Pero la ideología de Pétain no se presentaba como expresamente antisemita.

Estas nociones podían permitir avanzar un paso más allá de la autoinculpación y llevar la postura revisionista hasta la Primera Guerra Mundial. No al conflicto en sí, sino a su terminación. Igualmente, el Tratado de Versalles venía siendo atacado (probablemente con razón) desde su nacimiento. Nada más fácil que hacer leña del

árbol caído. «Tras la victoria, el espíritu de gozo ha vencido al espíritu de sacrificio. Se ha reivindicado más que servido. Se ha querido evitar el esfuerzo, hoy se encuentra la desgracia» (Pétain, 2007a; la traducción es nuestra)².

Cuando hoy vemos las imágenes de las tropas alemanas desfilando por el Arco de Triunfo, y de Hitler, con adusto rostro de vencedor, paseándose en actitud teatral delante de la Torre Eiffel, las decodificamos como testimonios de la humillación suprema y la derrota moral total del pueblo francés. Pero quizá no sea esa la semántica desde la óptica de Pétain en 1940. Si bien el viejo mariscal no lo dice de modo expreso, París parecería (convenientemente) simbolizar todo lo que llevó a Francia al desastre. No sería la joya del país, sino la máxima visualización de la corrupción de sus valores tradicionales.

Tal vez, con el correr del tiempo, París volvería a convertirse en la capital de Francia. Pétain, el 25 de junio de 1940, explica que «una gran parte de nuestro territorio va a ser *temporalmente* ocupada» (s. f.; la traducción y las cursivas son nuestras). En julio anuncia que ha resuelto aceptar la oferta alemana de asentar parte del gobierno en la zona ocupada y en ese sentido ha pedido «liberar Versalles y el barrio de los Ministerios en París» (Pétain, 2007b; la traducción es nuestra)³. Recordemos que el armisticio, en efecto, no solo permitía a las autoridades francesas mantener la capital en París, sino que parecía invitarlas a hacerlo (Digithèque MJP, 2006).

Mientras tanto, la pequeña ciudad de Vichy, pacíficamente inserta en su entorno campestre, abierta a paisajes bucólicos a los que se podía llegar caminando desde el centro en poco tiempo y donde seguramente no sería raro encontrar campesinos en las calles,

2 Discurso del 20 de junio de 1940, anunciando la derrota y la búsqueda de un armisticio.

3 Mensaje del 11 de julio de 1940.

podría perfectamente fungir como base del nuevo «Estado francés», rural, tradicionalista y conservador.

Alemania no sería, así, la verdadera enemiga de Francia, sino sus propios políticos corruptos y mentirosos. Y una clase social enriquecida sin trabajar con las manos, voluptuosa y vana («nuestra derrota ha venido de nuestro relajamiento», dice Pétain el 25 de junio). Entonces, el traslado de la sede gubernamental a Vichy podría constituir una oportunidad formidable, brindada por la presumible derrota militar, para levantar un país restaurado.

Pero la preferida «marcha hacia el Sud» estaría plena de semánticas. Implicaría, tácitamente, un alejamiento de la influencia británica (Normandía, Bretaña), que Pétain al parecer despreciaba. Marcaría un abandono (al menos, temporario) de la Babilonia exultante del Sena, en la cual quizá los nazis funcionarían como depuradores. Y aportaría un retorno a las fuentes, un regreso a la tierra agrícola, a la lavanda y los viñedos. Francia volvería su espíritu hacia los pequeños rebaños, las viviendas rústicas de la campaña y los pueblos de pocas calles donde todos se conocen.

La Francia sofisticada y tecnocrática de acento parisino y neologismos extranjerizantes había caído en las manos alemanas, supuestamente víctima de su propia torpeza. El antiguo ser galo solo podría renacer al son de voces campesinas, sencillas. Se expresaría en un francés teñido de occitano y arpitano. «Debemos volver nuestros esfuerzos hacia el futuro», indica Pétain el 25 de junio, anunciando el armisticio: «un nuevo orden comienza». No es tema de este trabajo, pero parece que la visión del mariscal se inspiraba fundamentalmente en el régimen portugués de Antonio de Oliveira Salazar.

El 10 de julio, con el gobierno ya instalado en Vichy, ambas cámaras del legislativo se reúnen en la ópera local y votan, como Asamblea Nacional, por abrumadora mayoría, una «ley constitucional».

Si bien el texto se disfraza como una convocatoria a la elaboración de una nueva Constitución (nunca concretada), su principal función es dar a Pétain un poder prácticamente absoluto.

De inmediato, el mariscal emite «actos constitucionales», por cuyo intermedio asume la «jefatura del Estado». Un poder que, como lo observara entonces al parecer el político pronazi Pierre Laval, superaba al de Luis XIV. La «francisca gálica», el tristemente célebre símbolo que mezclaba el bastón de mariscal con una versión romanizada (de reminiscencias fascistas) del hacha de combate de los francos, todo ello en los tres colores de Francia, pasó de ser el emblema personal de Pétain al escudo *de facto* del Estado. Transición reforzada en 1941 con la creación de una orden honoraria oficial, concedida con enorme generosidad (la recibirían, entre otros miles de beneficiarios, los hermanos Lumière, el futuro presidente Mitterrand y el padre de Giscard d'Estaing, incluyendo curiosamente al pastor Marc Boegner, declarado «Justo entre las Naciones» por Israel en 1988).

En definitiva, con su grueso bigote blanco de campesino, su expresión grave y austera de octogenario enérgico, su indiscutible experiencia tras de sí y un prestigio popular enorme, Pétain se transforma en un patriarca. Es el padre de Francia. Manda sobre el nuevo Estado como si fuera su casa. La vida de los franceses le está sometida como la de los integrantes de una antigua *gens* a su paterfamilias. Pone su propio emblema al país todo. Así como la estructura social rural de la Francia septentrional era patriarcal, ahora lo es el Estado entero. El regreso al campo y a las tradiciones es, también, la vuelta al patriarcado.

La imaginería del Estado francés gira alrededor de la figura de ese patriarca, al tiempo que la tríada «libertad, igualdad, fraternidad» es sustituida por «trabajo, familia, patria». De los tres términos, el destacado en las imágenes es siempre «familia» («célula esencial de

la sociedad y de la patria», al decir de Pétain⁴), porque va en el centro y le corresponde el color blanco de fondo, que lo lleva a destacarse.

¿De qué tipo de familia se trata? Ayudará a responder uno de los más famosos afiches de propaganda del Estado francés, contemporáneo de la escritura de *Ravage*. El lema trinitario corona un retrato de Pétain, flanqueado por dos banderas francesas. Debajo está la Francisca. A sus pies se ve a una mujer campesina, completamente cubierta, salvo la cara, por sus ropas tradicionales rústicas. Lleva al regazo a un niño y la flanquean dos pequeñas, la mayor de las cuales parece ayudarla, con un gesto preocupado que permite anticipar a la futura madre, meciendo la cuna de madera tosca del cuarto vástago.

Más claro, el mensaje no podía ser. La función de la mujer en el nuevo orden es la de ser madre prolífica. No universitaria, ni artista ni intelectual. Dos hombres flanquean a esta fértil campesina. A su derecha, un labrador de bigote blanco, no muy diferente del de Pétain, parece regresar de su faena. Lleva una cesta con frutos y su vara de pastor. A sus espaldas, una yunta de bueyes tira del arado. A la izquierda de la mujer, un joven herrero bate contra una pieza apoyada en el yunque, con unas humeantes fábricas al fondo (en primer plano hay un ancla). Esa es la nueva Francia del mariscal (Imagerie de la Révolution nationale, 1942).

5. LA EUGENESIA EN CLAVE DE CARREL

Esa Francia patriarcal y campesina tiene un mentor científico propio. Se trata del médico católico, ganador del Premio Nobel en 1912, Alexis Carrel. Este investigador notable, autor de logros extraordinarios en el campo de la biología experimental, había

4 Discurso del 13 de agosto de 1940 (Pétain, s. f.).

escrito en 1935 *El hombre, ese desconocido*. En esa obra, siguiendo las líneas de la eugenesia y los criterios asentados quince años antes por Karl Binding y Alfred Hoche en su *Permiso para la eliminación de la vida que no merece ser vivida*, Carrel proponía la eliminación de los criminales graves y ciertos enfermos incurables. A tal fin, sugería la construcción de cámaras de gas.

Coherentemente, el noble defendía la creación de una «biocracia», que estructurase a la sociedad a partir de las características genéticas. Siguiendo el camino abierto por Francis Galton (1869) y Charles Darwin (1871), culpaba a los criterios culturales vigentes por la cesación de la selección natural en la humanidad. Llamaba a la implantación de una sociedad más natural, donde predominasen las personas sanas y fuertes. Carrel habría estado afiliado al Partido Popular Francés, agrupación agresiva, colaboracionista y antisemita.

Carrel había nacido en Lyon, que sería una de las principales ciudades de la Francia de Vichy. En 1939 regresaría al país, para las vísperas de la Guerra Mundial. Se encontraba entonces realizando investigaciones y trabajos experimentales en los Estados Unidos, en particular contacto con el aviador Charles Lindbergh, conocido filonazi. Pétain, en persona, lo nombrará al frente de una fundación encargada de cuestiones eugenésicas.

En la época en que Barjavel está escribiendo *Ravage*, entonces, Carrel es una de las eminencias culturales del Estado francés. No nos asombre que el gran investigador aparezca en sus páginas.

6. ¿RAVAGE FUE ESCRITA POR PÉTAİN?

6.1. París, 2052

Vamos a la novela de Barjavel que nos ocupa. Se trata de un relato de anticipación, del tipo que había instalado Aldous Huxley con

su *Brave new world* una década antes. Hoy lo denominaríamos apocalíptico, pues describe una situación catastrófica que, si bien no pone en peligro la subsistencia de la humanidad, destruye la civilización existente en el momento imaginado, obligando a un replanteo desde las bases mismas de la sociedad.

Ravage no propone una distopía realmente (sin necesidad de ingresar en la cuestión de la subjetividad involucrada en esa clasificación). Porque el mundo que muestra antes del desastre puede ser criticable o desagradable en varios aspectos, pero ni es insostenible ni es, al fin y al cabo, tan diferente del previo a la guerra mundial. En cambio, si nos situamos en la evidente postura del autor, el final es eutópico, porque la sociedad que florece después del colapso (hoy diríamos «posapocalíptica») no caben dudas de que a él le agrada mucho, aunque pueda disgustarnos a nosotros.

La historia se sitúa en Francia, más de un siglo después del momento en que Barjavel la escribe, en 2052. Se abre en un París muy francés. No hay ninguna referencia en el libro, ni siquiera implícita o indirecta, a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, hay una clara asunción tácita de que, finalmente, la capital histórica de Francia volverá a serlo. Esto era perfectamente posible, en teoría, con un triunfo alemán. En efecto, sin decirlo directamente, el artículo 2 del armisticio podía dar a entender que la ocupación, al ser «en vista de salvaguardar los intereses del Reich alemán», podría resultar transitoria, y terminar con la victoria germánica. El artículo 3, tercer párrafo, inclusive, permitía al gobierno galo asentarse en la ciudad del Sena. Pétain, que públicamente consideraba temporaria la ocupación (dando por sentado, de modo implícito, el triunfo germano), encaró en consecuencia la instalación de oficinas de gobierno francesas en París y Versalles, con licencia del Reich.

De modo que mostrar un París francés, pujante capital del país en 2052, no implica en nada dar por sentada una derrota de Hitler. Al contrario, es perfectamente compatible con un estrepitoso éxito del Reich en la contienda. Un punto muy sutil a favor de esta interpretación puede ser la total ausencia de referencias explícitas o implícitas a israelitas o al judaísmo.

Francia exhibía, para la época de la escritura de *Ravage*, una comunidad hebrea que, más allá de su tamaño, se hacía sentir fuertemente. La política francesa estaba llena de nombres judíos, incluso en los más altos puestos. Otro tanto podía decirse de la intelectualidad y del quehacer económico. Todo esto ha desaparecido en la Francia de 2052, que Barjavel presenta *judenfrei*. ¿Qué ha pasado con los israelitas? Mejor no preguntar...

Otro argumento en defensa de la interpretación victoriosa alemana está dado por que, al parecer, Europa y Asia funcionan de acuerdo. La primera se ha integrado con un Gran Consejo y la segunda ha constituido un Imperio (Barjavel, 1979, p. 85)⁵. Un ferrocarril de alta velocidad cruza de Nantes a Vladivostok y las decisiones se toman en común. Se menciona, concretamente, un tren entre París y Berlín (Barjavel, 1979, p. 17). No hay referencias al comunismo ni a la URSS. Evidentemente, ambos han desaparecido.

La ciudad es una megalópolis, habitada por 25 millones de personas. Edificios colosales, que hacen pensar en los planes urbanísticos que se habían presentado en esa época para París, se yerguen en un contexto de tecnología sofisticada. Las viviendas no solo cuentan con excelente suministro de electricidad y agua corriente, sino además de leche esterilizada. El consumo de carne ya no trae problemas de conciencia, porque se ha encontrado la manera de generarla sintéticamente. La carne de la mejor calidad, de los más

5 Todas las traducciones son mías.

variados animales, es cultivada *in vitro* merced a impulsos eléctricos. ¿Y quién es el inventor de esta técnica revolucionaria? Lo habéis adivinado: ¡Alexis Carrel!⁶

Hombres y mujeres visten de la misma manera, muy al estilo de las visiones futuristas francesas de los años sesenta. Son ropas ajustadas al cuerpo, lisas y monótonas. Se sujetan de manera automática por medio de artilugios magnéticos. La diferencia, dada por la moda, está en los colores: los hombres usan tonos vistosos, mientras los de las mujeres son más apagados. La muy simbólica diversidad sexual de vestimentas, tan cara a las ideas tradicionalistas, ha quedado reducida al mínimo. ¡Habrà que restaurarla de algùn modo!

Las avenidas bullen de automòviles.

Pero ya casi no había peatones. Un auto se compraba a crédito, pagable en muchos años, y los salarios elevados de los obreros les permitían ofrecerse ese lujo y algunos otros. La fábrica los mataba a los cincuenta años. Pero, al menos, hasta allí, habían vivido bien (p. 75).

6.2. «Nuestra derrota ha venido de nuestro relajamiento»

Puede haber cambiado el escenario tecnológico, la geografía urbana de París, las ropas y los medios de transporte, pero no las actitudes ni las estructuras sociales y económicas. Francia en 2052 vive bajo una forma de capitalismo feroz. Corporaciones poderosas, en poder de personas fabulosamente ricas, controlan la vida de los demás, en todos sus aspectos.

Un afán de gozo sin límites se ha entronizado y se conjuga con la potencia colosal de los magnates. Se desplazan a voluntad en

6 «La carne era “cultivada” bajo la dirección de químicos especialistas y según los métodos, puestos a punto e industrializados, del genial precursor Carrel, cuyo inmortal corazón de pollo vivía aún en el Museo de la Sociedad protectora de animales» (Barjavel, 1979, p. 40).

vehículos voladores particulares que Barjavel imagina ingeniosamente, más cercanos a los helicópteros que a los aviones. Viven en enormes departamentos elevados a cientos de metros, con vistas extraordinarias y aeropuertos privados. No hay placer que no esté a su alcance. Usan sin empacho su poder para conseguir lo que desean. Pueden, con solo hacer unas llamadas, arruinar una brillante carrera académica ajena, privar a una persona de los suministros esenciales, o seducir sexualmente.

El gobierno está (en teoría, porque de hecho lo ejercen los magnates) en manos de una clase burocrática extraordinariamente ineficiente. Los generales que integran el Consejo de Ministros traen una clara evocación, en su ineptitud y azoramiento frente al desastre, del cuadro que Pétain y el Estado francés impusieron de los altos mandos del país antes y después de la entrada en la Guerra Mundial. Contagiados de la molición omnipresente, su sarcástico arquetipo lo da el ministro de Deportes, que falta a la reunión porque no está en condiciones de pedalear su bicicleta unos pocos kilómetros.

Porque los dueños de Francia son personas acostumbradas a la comodidad. No soportan el ejercicio físico. Su atractivo deriva de su fortuna (lo que no es poca cosa para conquistar a quien desean). Casi no caminan, siquiera. La ciudad, el placer y la riqueza los han convertido en seres esmirriados y débiles. Criaturas en cuyos cuerpos y mentes Carrel hubiera acusado los efectos del abandono del camino natural de la evolución. Solo una catástrofe podría salvar a la humanidad del desastre, al verse en manos de estos seres declinantes. Habrá que darles ese cataclismo, pues.

La idea no era nueva. Desde que Carlos Darwin, al calor de las propuestas de su primo Francisco Galton, imaginara los beneficios de un regreso a la naturaleza, es decir, a la evolución, la cuestión se había puesto sobre la mesa. Federico Nietzsche le había buscado el ángulo filosófico, por la vía del llamado de la Tierra, el ataque a la

moral judeocristiana y el regreso de la violencia reprimida. Factores que permitirían, por fin, gestar al superhombre, tan demorado por una errónea visión del bien y del mal.

El sueño del regreso a la naturaleza, a la vida ruda y hasta agresiva de los tiempos antiguos (mitificados, por cierto) se había ido colando en infinidad de intelectuales, desde las últimas décadas del siglo XIX. No con los colores bucólicos o románticos que ya estaban desde mucho tiempo atrás, sino con un andamiaje darwiniano de apariencia académica. No era ya un retorno poético, sino científico. Por supuesto, tenía las visiones populistas y nacionalistas europeas. Estaría presente en el *Mein Kampf* y en los discursos hitlerianos (más que en los de Mussolini).

Pero las cosas habían ido ya demasiado lejos. Una vuelta a la vida rural en esas circunstancias no podría ser pacífica ni resultar de una decisión democrática. Sería imprescindible un golpe enorme. Heriberto Wells, a fines del siglo XIX, diseña el cuadro catastrófico de la invasión marciana. Una especie alienígena más poderosa y sofisticada que la nuestra destruye la civilización (en el caso simbolizada por Londres). En las ruinas de la metrópoli inglesa, un suboficial aparentemente poco cuerdo, se muestra entusiasmado. Para él, el desastre es una bendición. Gracias al ataque devastador de los extraterrestres, una nueva humanidad ha de gestarse en los túneles londinenses. Será más fuerte, más decidida, enemiga jurada de los placeres materiales. Un día, en el futuro distante, esa especie mejorada recuperará, con mérito propio, el control de la Tierra.

El papel de los marcianos de Wells, en la Francia real de la época, lo estaban cumpliendo los nazis bastante bien. Imposibles de vencer, montados en la propia molición e ineptitud de los franceses, los alemanes habían conquistado la Ciudad Luz. La capital del Sena ahora reptaba a la sombra de un sencillo símbolo atávico, proyectado desde eras remotas, con una semántica opuesta a todo lo que la cultura gala significaba. Los franceses, como los londinenses del

personaje de *La guerra de los mundos*, deberán construir la nueva raza fuera de la urbe. No irán a los subsuelos sino al campo. Al sur, la región más tradicional del país.

En *Ravage* no hay marcianos, tampoco nazis. La catástrofe no es directa ni militar. Tampoco se trata, al parecer, de un cataclismo natural. De hecho, no sabremos nunca las verdaderas causas del desastre. Ese dejar sin respuestas es característico de la mejor ficción científica. Nunca Frankenstein explica cómo hizo para dar vida a su criatura. Tampoco Asimov aclara los principios involucrados en un cerebro positrónico. Y el Viajero del Tiempo se pierde en ejemplos y generalidades a la hora de presentar su máquina.

6.3. La catástrofe

Es necesario, en este punto, ver cómo está el mundo en 2052. Ya sabemos que por un lado está Eurasia. En América, en cambio, se han consolidado dos potencias. Los Estados del Norte, con sede en Washington, y el Imperio de América del Sud, cuya sede está en Río de Janeiro. Este último país tiene por soberano al Emperador Negro [*sic*] Robinson, que viste una túnica con hilos de oro y ciñe una corona imponente, jalonada de piedras preciosas.

La población de este estado enorme es eminentemente de ascendencia africana. El propio Emperador [«era un negro de raza pura, con labios enormes, con nariz aplastada. Pero sus ojos brillaban de una inteligencia excepcional» (Barjavel, 1979, p. 79)] cuenta en su discurso de guerra la historia de su país. Los descendientes de esclavos estadounidenses, al ser vistos como un desafío demográfico y laboral por los blancos, habían sido erradicados en 1978 en masa hacia Sudamérica, a cuyos países se había impuesto a la fuerza su recepción (Barjavel, 1979, p. 81).

Pero Dios el Reencontrado [deidad cuyo culto había sido impuesto por el Emperador] velaba sobre su pueblo. Permitió que algunos hombres, que habían tomado de los blancos lo mejor de sus ciencias,

se levantasen. Sociólogos, ingenieros, sabios, médicos organizaron metódicamente el desmalezado de la selva virgen, hicieron de este continente, cuyas tres cuartas partes estaban deshabitadas, un continente habitable. En menos de un siglo, bajo un clima que nos conviene perfectamente, nuestra población aumentó en la proporción de uno a cien. Ciudades inmensas fueron erigidas, fábricas construidas, la técnica colocada, en todos los dominios, al más alto punto de perfección (Barjavel, 1979, pp. 81-82).

He transcripto estos párrafos, a riesgo de ser excesivo, porque me parece que dejan en claro un aspecto interesante. Barjavel es evidentemente racista, pues solo así puede decodificarse su descripción del Emperador y entenderse su imaginaria historia. Pero no es nazi, porque a Robinson, al tiempo que se lo presenta como «negro de raza pura» se le reconoce «una inteligencia excepcional». Y, a estar a las propias palabras del Emperador, los afrodescendientes han alcanzado la cúspide del estado en todas las ciencias (imposible no recordar la Wakanda creada por Stan Lee y Jack Kirby en 1966). Es decir, que de ninguna manera se trata de seres «inferiores». Esto es digno de atención: la novela es fuertemente acorde con el régimen de Pétain, pero no necesariamente con las ideas de Hitler.

Para 2052, ya se habían venido produciendo problemas que afectaban el suministro eléctrico. Había varias teorías que pretendían explicar estos fenómenos. Pero la situación llega a su clímax cuando el Imperio de la América del Sud ataca masivamente a su enemigo septentrional. Robinson anuncia que una andanada de innumerables misiles atómicos ha sido lanzada. El país del norte ha sido diezmado, su población exterminada. Esta agresión colosal, sin antecedentes en la historia, podría ser la causante del desastre. Sin embargo, como lo adelantáramos, esa es solo una suposición.

Todas las fuentes energéticas se extinguen, los motores dejan de funcionar, el combustible se inutiliza y el hierro se ablanda. La total dependencia de la sociedad urbana sofisticada en la electricidad se

transforma en su condena. Todo deja de funcionar. Los aviones caen, atenuada su precipitación por los paracaídas de emergencia que llevan. Los impresionantes rascacielos, privados de ascensores, se transforman en trampas para sus moradores. Hasta las vestimentas se abren, al fallar sus cierres magnéticos, dejando a todo el mundo a la vista de una elocuente desnudez.

Barjavel incluye un factor truculento, al tiempo que exquisitamente irónico e imaginativo. Las personas del 2052, en un alarde supino de superficialidad y estupidez, en vez de sepultar a los muertos los colocan dentro de sus casas, en gabinetes refrigerados rodeados de un material transparente. Allí están sus ancestros, vestidos con sus ropas preferidas y congelados en sus actitudes más emblemáticas, mirándolos a toda hora, vigilándolos. Ese es el más allá de aquella sociedad tecnológica. Claro que, al caer la electricidad, los cadáveres comienzan a descongelarse, creando un cuadro tan ridículo como atroz.

París pasa así, en pocas horas, de urbe ultramoderna floreciente a campo de batalla maloliente, inmerso en un terrible caos. El metro es un epicentro de horror, de cuyas bocas emergen mesmerizados sobrevivientes con heridas. No tardan en manifestarse el hambre y la peste. Finalmente, gran parte de la ciudad es consumida por un incendio. La compleja cultura parisina se hunde junto con su derecho. La catástrofe ha dejado expuesta la verdad. En el mundo que sigue, solo los sanos y vigorosos tendrán lugar.

Se han impuesto la vuelta a la tierra y al derecho de la fuerza.

6.4. Los personajes principales

No hay, a mi juicio, una construcción elaborada de personajes en este libro. Son pocos los roles protagónicos y se hallan muy estructurados. Son predecibles, monolíticos y estereotipados. Resultan meras representaciones de determinados modelos, puestas al servicio de las ideas que Barjavel quiere comunicar.

El indiscutible y sobredimensionado protagonista es François Deschamps. Es decir, Francisco de los Campos. Parece uno de esos nombres del teatro clásico griego, que conllevan las características de quien los porta. Francisco es el nombre más francés que existe, además de tratarse del masculino de la Francisca, el emblema de Pétain y del gobierno de Vichy. El apellido está hecho a su medida, porque es un joven (veintidós años al inicio de *Ravage*) que viene del campo, está acostumbrado a la ruralidad, rechaza la vida urbana y sueña con regresar a su pueblerino mundo provenzal.

Por supuesto, Francisco es fuerte como un toro, alto e imponente. Se mantiene en forma con el trabajo físico, que le encanta. Es inteligente, descollante en los temas agrarios, pero de luces sencillas. No le atraen los razonamientos abstractos complicados. Prefiere ver en todo la faceta práctica, la realidad de las cosas. Esa realidad dice, como él lo comprobará en carne propia, que las normas sofisticadas que rigen la Francia ultramoderna están al servicio de quienes poseen el poder económico. Que les permiten, clandestinamente, manejar las existencias ajenas. Pueden a su sombra potenciarlas (caso de Blanca, como se verá) o arruinarlas. Francisco prefiere, sin meditar sobre ello, una sociedad simple, con un derecho claro, natural y sincero. Es lo que, gracias al desastre, acabará construyendo.

El héroe campesino es esencialmente bueno, aunque algo ingenuo. Responde, en lo sustancial, al arquetipo de los socialismos de la época. Es el marinero sencillo y torpe que lidera la rebelión del *Acorazado Potemkin* (Serguei Eisenstein, 1925) tanto como el médico sin límites de *Yo acuso* (Wolfgang Liebeneiner, 1941). Por eso, trata de vivir en paz. Pero cuando no queda más remedio que recurrir a la violencia, ante la agresión ajena, no hesita en hacerlo. Y entonces responde con dureza. Y vence.

Francisco es el ario macho alfa en versión francesa. Se impone como líder nato. Es seguido naturalmente por su gente. Él será quien conduzca al grupo de sobrevivientes de la caída de París, en

su larga marcha hacia el sur, donde se instalará y organizará a los campesinos de la región en un nuevo orden. Él se transformará, con el correr de los años, en el Patriarca de la sociedad restaurada. ¿Os resulta conocido el personaje?

El rival de Francisco, en la primera mitad del libro, es Jérôme (Jeremías) Seita. Tal vez sea hilar demasiado fino, pero de todos los personajes con cierta importancia, es el único que lleva un nombre hebreo (al menos no le puso Israel, Jacobo o Moisés, quizá por discreción). Su apellido, a su vez, coincide curiosamente con la sigla del Servicio de Explotación Industrial de Tabacos y Fósforos (*Service d'exploitation industrielle des tabacs et allumettes*). Es decir, una de las más poderosas corporaciones económicas del país, de orígenes napoleónicos. Para la época en que Barjavel escribe *Ravage*, la SEITA controlaba veintidós fábricas de cigarrillos (incluidos los célebres Gitanes y Gauloises) y la producción de cerillas. Para cualquier francés que leyera la novela en 1943, la relación vendría inmediatamente a la cabeza, en el sentido de un poder económico colosal no basado en la actividad rural de manera directa.

Seita es un retrato al negativo de Francisco. Es de estatura pequeña y físico no cultivado. Cabellos negros, actitud artera y enorme sagacidad. Le agrada emplear su enorme poder y no duda en manipular las vidas de los demás. Manda sobre los otros, no en razón de su innata capacidad de liderazgo sino porque le están sometidos. Consigue lo que desea mediante su riqueza y la usa como arma frente a quienes son naturalmente más fuertes que él. Es de esa manera que busca obtener a su mujer, que de otro modo se uniría al vigoroso Francisco. En vez de ser realmente ingenuo, como su rival, puede pasar por tal, para su conveniencia. Es sofisticado y elegante. Sabe cómo hablar y qué decir. Ha heredado su poder de su padre, fundador de la corporación que él ahora dirige. Hasta el suntuoso departamento donde vive, a trescientos metros de altura, lo construyó su progenitor.

Francisco y Jeremías se disputan Francia, bajo la forma de una mujer. Una adolescente a la que el primero aspira a ganar por medio de la tradición, pues es de su mismo pueblo y la conoce desde niña, y con su atractivo masculino natural, a pesar de ser bastante pobre y estar recién en el inicio de su carrera. En cambio, Jeremías cuenta a su favor con su enorme poder económico, que le permitirá deslumbrarla con viajes, joyas, vestidos y puertas abiertas, al tiempo que le dará los medios para arruinar la vida de su rival, reducirlo a la pobreza y la exclusión y forzarlo a abandonar la metrópolis.

Francia se llama Blanche (Blanca) Rouget. El prenombre es muy evidente. Trae de inmediato la imagen de la pureza, de la virginidad y el candor. El apellido está extraordinariamente elegido. Por un lado, porque se vincula con *rouge*, «rojo», y entonces, sumado al blanco del prenombre se conforman dos de los tres colores de Francia. Por el otro, porque Rouget, que no es un apellido común (es la denominación de un pez del Mediterráneo, el salmonete), resulta sin embargo el nombre de una cantidad de pueblos en la región del sur del país, epicentro del Estado francés de Vichy y objetivo de la marcha que liderará Francisco. Todo esto debía surgir en la mente de muchos lectores franceses de entonces.

Blanca es la representación física del regreso a la tierra francesa. Al presentarla, Barjavel (1979) dice que «la primavera entró con ella» (p. 32). Como acaba de intervenir en un programa de televisión, no lleva las ropas monótonas de estilo, sino un vestido de fiesta muy escotado. Es rubia, con grandes ojos celestes. Su piel rosada muestra las huellas del sol y la intemperie. Todo lo necesario para abandonar el puesto que la sociedad relajada y voluptuosa de París le ofrece, como actriz y modelo, esposa del magnate Seita, y adoptar, al fin de la larga marcha hacia el sud impuesta por la catástrofe, el rol que le pertenece. Será la mujer principal del Patriarca, madre de varios de sus vástagos, transformada en una robusta campesina consciente de su responsabilidad en el nuevo orden.

7. EL NUEVO ORDEN

Es hacia el porvenir que desde ahora debemos volcar nuestros esfuerzos. Un orden nuevo comienza. Pronto llegaréis a vuestros hogares. Algunos deberán reconstruirlos. Habéis sufrido, sufriréis aún. Muchos de entre vosotros no reencontrarán su trabajo o su casa. Vuestra vida será dura. [...] Odio las mentiras que os han hecho tanto mal. La tierra, ella, no miente. Ella sigue siendo vuestro recurso. Ella es en sí misma la patria. [...] Una pradera sembrada de nuevo es una porción de Francia que renace (Pétain, s. f.).

7.1. La poligamia obligatoria

«Nuestra fe en nosotros mismos no ha flaqueado. Sufrimos una dura prueba. Hemos remontado otras. Sabemos que la patria permanece intacta porque subsiste el amor de sus hijos por ella. Ese amor nunca ha tenido más fervor», dice Pétain en los días del armisticio (s. f.)⁷.

«Largos años han pasado. Blanca le ha dado a Francisco diecisiete hijos» (Barjavel, 1979, p. 293). Los equivocados sueños de ser una modelo top, una actriz famosa, una cantante destacada, han quedado archivados en un pasado remoto. Ella ha encontrado el lugar que, como mujer, le corresponde en el nuevo orden de Francia. Madre prolífica y dedicada, con el tiempo se transforma en «una adorable pequeña vieja» y canta canciones para los numerosos niños y niñas del grupo, en la «sala común» (Barjavel, 1979, p. 293).

El regreso a la tierra ha funcionado exactamente como lo presagiara Nietzsche: ha aparecido el superhombre. «A ciento veintinueve años, Francisco acaba de reemplazar su séptima mujer por una jovencita de dieciocho años que, cinco meses después de las nupcias, ha vestido con orgullo la túnica roja de las mujeres encintas» (Barjavel, 1979, p. 294). La autoridad del patriarca cubre ahora un

7 Discurso del 23 de mayo de 1940.

espacio enorme, más de la mitad del territorio del Estado francés de Vichy (¡oh, casualidad!). En todo ese escenario, ha establecido el nuevo orden.

Una de las leyes de base del Estado nuevo [*sic*] es aquella que hace obligatoria la poligamia. El cólera, el incendio, el hambre, habían dejado muy pocos sobrevivientes. Y entre esos escapados se encontraba alrededor de cuatro mujeres por un hombre. La misma proporción subsistió en los nacimientos que siguieron a la catástrofe. La Naturaleza, para repoblar el mundo [*sic*], había multiplicado los dulces terrenos de cultivo. Ella preveía que no faltaría la simiente (Barjavel, 1979, p. 294).

El «Estado nuevo», interesante nombre para un conjunto de campesinos dispersos en poblados pequeños, se parece mucho a un delirio eugenésico. Los hombres fuertes, sobrevivientes del desastre, han de dedicarse obligatoriamente a preñar a las mujeres. Ellas también han sido seleccionadas naturalmente, por haber escapado al cataclismo. «El mundo» (léase Francia) vuelve a ser natural, y eso, al parecer, implica retrotraer a la mujer a su antiguo estatus de simple «terreno de cultivo» para la «semilla» masculina. No caben dudas, el nuevo orden es para los machos.

Para hacer aceptar la nueva ley a las gentes que habían, como él, conocido las reglas del tiempo antiguo, Francisco se había dirigido primero a las mujeres de su valle. [...] De pie sobre una carreta, la cara iluminada por un fuego vecino, [...] alzó los brazos, hizo callar los murmullos, y expuso la situación: —Sois numerosas. Nosotros somos escasos. Sois como campos de tierra rica que esperan al labrador. Es necesario que cada parcela de esta buena tierra conozca la reja del arado. No tenéis el derecho de permanecer incultivadas. Nosotros no tenemos el derecho de negligir a la menos bella de entre vosotras. El mundo necesita brazos. La suerte de nuestro país depende de la decisión que hemos de tomar en conjunto esta

tarde, vosotras y yo. Cada mujer en edad de tener hijos debe ser puesta en la posibilidad de cumplir su deber para con la raza humana y el mundo vivo... (Barjavel, 1979, p. 295).

Francisco busca la noche de San Juan, con su simbolismo pagano y salvaje de esperanza, cuando «la primavera inflaba las camisetas» de las mujeres. Monta un escenario digno de un caudillo galo, subido a una carreta, de pie, los brazos en alto. Apela a su vozarrón masculino para hacer callar los «murmullos» de las mujeres. Lanza la metáfora de los campos fértiles (al parecer, el nuevo orden no contempla la posibilidad de la mujer estéril) y la siembra obligatoria.

El flamante Patriarca tiene un éxito rotundo. «Las mujeres de edad un poco madura fueron las primeras en aclamarlo». Luego siguieron las feas, «la noche cómplice les permitió gritar su alegría sin enrojecer delante de sus vecinas». Por fin, las bonitas, «menos llevadas por los deseos insatisfechos que por el sentido del deber que la masculina autoridad del joven jefe acababa de despertar en ellas» (Barjavel, 1979, p. 295). La mujer del nuevo orden, como se puede ver, actúa al calor de su sexualidad. No la mueven otras consideraciones. No tiene más finalidad en la vida que el coito y la fecundación. Su norte es tener sexo.

Cuando hubo obtenido el consentimiento de las mujeres, Francisco impuso su voluntad a los hombres. Ellos se hallaron ciertamente bien felices de recibir a la vez brazos nuevos para trabajar sus dominios y cierta variedad para las noches por venir. Sus cualidades viriles se desarrollaron. Los más mansos debieron adquirir el carácter para hacer reinar la paz entre sus mujeres (Barjavel, 1979, p. 295).

Así que, para los machos, la poligamia obligatoria evoca al menos una tríada: el beneficio económico, el placer sexual y el desarrollo del carácter masculino. Es decir, de la aptitud de mando sobre las querrellosas hembras.

Francisco se casa con siete mujeres. Cada aldea le envía su joven más bella, pero él toma también dos mujeres defectuosas.

Blanca, la tan amada, que ya llevaba el fruto de las nupcias, instaló ella misma a las recién llegadas en la casa. Si estuvo celosa, no lo demostró. Sabía bien que, entre las siete, quedaría primera. Como hombre ordenado, el joven jefe atribuyó un día de la semana a cada una de sus mujeres. El domingo era de Blanca (Barjavel, 1979, p. 296).

La nueva legislación es exitosa. Pronto las granjas rebosan de niños. «Este desborde de vida no dejaba lugar en los corazones más que para la alegría y el amor». Por ello, «las generaciones nuevas han aceptado la poligamia como una cosa natural». Otras costumbres aparecen en este nuevo orden machista: «Desde el tercer mes de embarazo, las mujeres llevan una bata roja, símbolo a la vez de su alegría y de sus sufrimientos, que les vale todas las consideraciones y el afecto de la multitud»⁸. «Contad para el presente con vosotros mismos, y para el porvenir con vuestros hijos que habréis criado en el sentimiento del deber», decía Pétain (s. f.)⁹.

7.2. La conquista del espacio vital

Como consecuencia de la ley sobre la poligamia, «las aldeas pronto están pobladas en superabundancia». Entonces:

Francisco ha decretado: «Que los valientes se vayan. Id a conquistar vuestra tierra sobre el bosque, sobre el yermo, sobre los desiertos de ceniza. El mundo está vacío. ¡Id a construir vuestra casa en un lugar despoblado, id a fundar otras aldeas!» (Barjavel, 1979, p. 296).

8 ¿Habría influido esta idea en Margaret Atwood a la hora de componer su inmortal *Cuento de la criada*?

9 Discurso del 25 de junio de 1940.

La legislación del nuevo orden es predominantemente demográfica. Primero, busca aumentar la población. Luego, expandirla. Nada que las ideas europeas autoritarias, desde la terminación de la Primera Guerra Mundial no vinieran ya diciendo.

La ley se cumple de inmediato, con extraordinarios efectos:

Caravanas de muchachos y rudas jóvenes partieron cantando, desbrozaron, desmalezaron, poblaron nuevos valles, nuevas provincias, combatieron a los salvajes de los bosques de Auvergne y los desiertos del Loire, se han esparcido en toda Francia, en Europa, en África; impusieron, en todo lugar donde se instalaron, las sabias leyes del jefe Francisco (Barjavel, 1979, p. 296).

Era de esperarse. La expansión sobre los yermos y desiertos suele traer el problema de que esos sitios están poblados por otras personas. Por supuesto, a los fines de quitarles la tierra se los reduce a la calificación de salvajes a los que es menester combatir para difundir la civilización. Esta se concreta, para el caso, en «las sabias leyes del jefe Francisco». La civilización no se predica, se impone, porque se asume que es buena y mejora, de por sí, la condición del «salvaje» que era ajeno a ella. Barjavel recrea una especie de «conquista del oeste» posapocalíptica, de características épicas, que pronto se desborda de Francia al resto de Europa... y al África (recordemos que la Francia de Vichy era, desde el punto de vista territorial, eminentemente africana).

7.3. Leyes económicas

Dos de las más importantes, entre estas leyes, son aquella que prohíbe a un hombre poseer más tierra que la que pueda recorrer a pie del amanecer a la puesta del sol, el día más largo del verano, y aquella que prohíbe que más de quinientas familias habiten juntas el mismo burgo (Barjavel, 1979, p. 297).

La segunda norma parece tener una doble finalidad. Por un lado, está en línea con la idea expansiva que ya hemos visto. Pero, además, observada desde la perspectiva del desastre de París, podría apuntar directamente contra la aparición de grandes ciudades, megalópolis donde la gente no se conociera. El nuevo orden está dirigido a comunidades de personas muy vinculadas. No tiene cabida para el anonimato que las urbes generan.

Es notable la primera ley mencionada. Más allá de su dulce resabio de la antigua república latina, con aquello de la recorrida a pie del fundo, la norma deja bien claro que la propiedad en el Estado Nuevo es cosa de hombres. Ellos, que son jefes de sus mujeres, «campos de cultivo», son también los dueños de las tierras.

Pero no hay lugar en el nuevo orden para la gran propiedad. La unidad será la granja familiar. Entendiéndose, por cierto, que se trata de familias poligámicas, muy numerosas. Porque el mundo reconstruido debería rechazar de plano cualquier camino que pudiera llevar al capitalismo o a la acumulación de riqueza individual. No se ataca la propiedad privada en sí (eso olería a comunismo), pero ha de mantenerse en muy limitados términos, al servicio del bien general.

Nada se vende en el mundo nuevo, que no conoce el sentido de la palabra «mercader». Cada familia teje e hila el lino, el cáñamo, la lana, tiñe el cuero, talla la madera y la piedra, según sus necesidades. Los útiles y utensilios de menaje son distribuidos por el jefe de aldea (Barjavel, 1979, p. 297).

El nuevo orden es férreamente anticapitalista. Instala una forma de socialismo limitado, compatible, como vimos, con formas restrictas de propiedad privada.

Desde los primeros tiempos de su reinado [*sic*], Francisco ha hecho destruir los alambiques y detener a los hombres que los habían querido disimular. Cada familia cultiva un poco de vid y

hace incubar las uvas. Pero el vino solo se bebe con moderación. La humanidad ha remplazado el culto del tinto grueso por el del agua. Los viejos, aquellos que han visto el mundo, a su alrededor, echar de menos a morir el agua, han transmitido a sus hijos el respeto y el amor por este elemento puro (Barjavel, 1979).

7.4. La religión y la cultura

El nuevo orden no es cristiano:

Francisco ha establecido una religión basada sobre el amor a Dios, a la familia y a la verdad, y el respeto al vecino. Es a la vez jefe temporal y espiritual. Delega su doble autoridad a los jefes de valle, jefes de aldea, jefes de granja. Supervisa con firmeza el desarrollo de la nueva civilización y reprime sin piedad todo atentado a la dulzura de las costumbres (Barjavel, 1979, p. 297).

Rige, pues, un credo militante, impuesto duramente por el Patriarca, sin vestigios de la caída tradición judeocristiana, tan contraria a una sociedad eugenésica como la del nuevo orden.

¿Y la cultura?

Una de las primeras medidas que les hizo adoptar [a los jefes] fue la destrucción de los libros. Organizó equipos de búsqueda, que hurgan en las ruinas a lo largo de todo el año. Los libros encontrados a lo largo de los doce meses son quemados solemnemente al atardecer del último día de primavera, en las plazas de las aldeas. Al resplandor de las llamas, los jefes de aldea explican a la gente joven reunida que queman allí el espíritu mismo del mal (Barjavel, 1979, p. 298).

¿Cómo no decodificar esta normativa del nuevo orden en el contexto en que Barjavel escribe? Las piras de libros eran un espectáculo corriente en Europa desde la década anterior. Las multitudes contribuían arrojando sus propios ejemplares y participando activa y entusiastamente del espectáculo. Al mismo tiempo, la Alemania

de Hitler se jactaba de haber reducido, gracias a su crecimiento económico y la disminución del desempleo, el público de las bibliotecas.

Para facilitar la enseñanza de la escritura, Francisco ha hecho conservar algunos libros de poesía. [...] El arte de la escritura está reservado a la clase privilegiada de los jefes de aldea. La escritura permite la especulación de pensamiento, el desarrollo de razonamientos, la erección de teorías, la multiplicación de los errores. Francisco procura que su pueblo quede adherido a realidades sólidas. Para evaluar sus cosechas y contar sus hijos y sus bestias, el paisano no necesita alinear cifras por regla de tres (Barjavel, 1979, p. 298).

7.5. El gobierno

Dice Pétain (2007a), al anunciar la derrota: «He estado con vosotros en los días gloriosos. Jefe de Gobierno, estoy y permaneceré con vosotros en los días sombríos. Estad a mi lado. El combate es el mismo. Se trata de Francia, de su suelo, de sus hijos»¹⁰. Y al mes siguiente agrega:

Gobernadores serán colocados a la cabeza de las grandes provincias francesas. Así, la administración será a la vez concentrada y descentralizada. Los funcionarios no estarán más trabados en su acción por reglamentos demasiado estrechos y por controles demasiado numerosos. Serán más libres, actuarán más rápido, pero serán responsables de sus faltas (Pétain, 2007b)¹¹.

Francisco se encuentra una vez al año con los otros jefes de provincia para comparar los resultados de las cosechas, decidir los intercambios, fijar las ferias. Su edad, su sabiduría, su prestigio de único sobreviviente del mundo desaparecido, le dan sobre los otros jefes una soberanía indiscutida (Barjavel, 1979, p. 298).

10 Discurso del 20 de junio de 1940.

11 11 de julio de 1940.

Como en el Estado francés de Pétain, se ven fantasmas pseudo-democráticos. Esta asamblea de jefes (todos hombres, claro) no debe engañar a nadie. Francisco «reina» y su autoridad es incontestable. La reunión de jefes parece más destinada a implementar su régimen que a volverlo participativo. «Haremos una Francia organizada, donde la disciplina de los subordinados responda a la autoridad de los jefes, dentro de la justicia para todos», dice Pétain (2007b).

El jefe de aldea es a la vez sacerdote, juez y capitán. El cargo no se adquiere por herencia. Cada año, después de la siembra, los muchachos de cada burgo se enfrentan en duras pruebas que les permiten hacer valer las cualidades de su corazón y sus músculos. Los resultados de estas pruebas y su habitual manera de vivir permiten fácilmente conocer al mejor de entre ellos. Cuando llega el momento, la asamblea de los jefes de familia lo designa. Un concurso supremo hace competir, si ello se considera necesario, a los muchachos cuyos méritos parecen iguales. El jefe de valle, tal vez el mismo patriarca, interviene para imponer una prueba sutil que descubrirá el oro más puro entre las buenas aleaciones (Barjavel, 1979, p. 299).

Dice Pétain (2007b): «En todos los órdenes, nos dedicaremos a crear élites, a conferirles el comando, sin otra consideración que la de sus capacidades y sus méritos».

El jefe de aldea toma a su lado al muchacho elegido y le enseña poco a poco los deberes y las cargas de la autoridad, le hace aprender la historia de la aldea, le hace aprovechar su experiencia y la de sus predecesores y luego, a los cincuenta años, le cede el lugar y queda a su lado como consejero. Cada burgo es así dirigido por un hombre en la fuerza de la edad, asistido por un hombre experimentado. Y todos sus actos sirven de enseñanza al hombre joven que tomará un día su sucesión. Los jefes de valle son escogidos del mismo modo entre los jefes de aldea. Francisco mismo ha elegido a su sucesor (Barjavel, 1979, p. 299).

7.6. La familia (y algo más del poder)

«La tierra de Francia no es menos rica de promesa que de gloria. Sucede que un paisano de nuestra casa ve su campo devastado por el granizo. No desespera de la cosecha próxima. Ara con la misma fe el mismo surco para el grano futuro», dice Pétain (s. f.) en respuesta al duro discurso de Churchill sobre la decisión de firmar el armisticio¹².

Y más adelante agrega: «Las familias francesas quedan como depositarias de un largo pasado de honor. Tienen el deber de mantener a través de las generaciones las antiguas virtudes que hacen fuertes a los pueblos. Las disciplinas familiares serán salvaguardadas» (Pétain, 2007b)¹³.

No es mucho lo que Barjavel nos dice acerca de las normas inherentes a la familia en el nuevo orden. Podemos, sin embargo, tomar el ejemplo del Patriarca. Si bien su caso puede ser considerado excepcional, funciona también como modelo para los demás. Francisco ha tenido 227 hijos y una sola hija, nacida cuando él ya superaba los cien años. «En esta milagrosa abundancia de machos, los paisanos simples han reconocido el favor otorgado por el Cielo a una raza de amos, y se han regocijado de ello» (Barjavel, 1979, pp. 299-230). Huelgan los comentarios.

Francisco ha criado a sus hijos con amor y rudeza. [...] A la edad del hombre, cuando los estima capaces de defenderse y conquistar, los pone en la puerta de la casa paterna [que no debía ser poca cosa para tal familia] con estas palabras: «El mundo es grande. Que tu coraje también lo sea» (Barjavel, 1979, p. 300).

Así que el desgarbado Francisco de 2052 se ha convertido, gracias a la catástrofe, en el patriarca de una raza de amos criada para conquistar. Suena a cantinela conocida, ¿no?

12 Discurso del 23 de junio de 1940.

13 11 de julio de 1940.

Francisco ha tenido una sola hija y «le ha dado el nombre de Blanca, en recuerdo de su primera mujer tan tiernamente amada» (Barjavel, 1979). El marido de la joven lo elige su padre: un muchacho (rubio, por supuesto) descendiente de uno de sus compañeros de gesta, a quien el Patriarca ha preparado para sucederlo y le ha ido cediendo el poder. La ceremonia matrimonial se prepara como un acto público de celebración del nuevo mundo, al que acuden las gentes de toda la región. Como en las grandes tradiciones judiciales, todo sucede a la sombra de un árbol añoso.

Ambos líderes se muestran en clave eugenésica aria. Al joven, «su barba y sus cabellos rizados ponían una luz de oro alrededor de su rostro. Sus ojos azules miran francamente a aquellos que lo miran» (Barjavel, 1979). Las ropas de ambos destacan sus cuerpos musculosos y su postura erguida. Los campesinos, simples y sinceros, desfilan ante el Patriarca entregándole sus ofrendas sencillas: quesos, galletas, sal, pescados, hojas de papel. Es una escena bíblica. Mientras cae el sol «en las brumas del Ródano», las golondrinas «lanzan pequeños gritos de victoria». Falta la música de Wagner...

7.7. El ocaso de los dioses

Pero la paz monumental se quiebra. Un jinete aparece al galope de su caballo de trabajo. Es un joven campesino, «su rostro lleva la marca de un terror indecible». No puede hablar. Entonces, «un ruido que jamás ninguno de quienes están allá ha escuchado» se aproxima. Las calles se cubren de un espanto atroz. Es una «bestia», a cuyo paso las personas huyen despavoridas. «Donde ella ha pasado, humea el suelo» (Barjavel, 1979).

Francisco aguarda en silencio: «La máquina se detiene delante de él, sobre seis ruedas de bronce masivo», sin dejar de temblar. «Un hombre salta a tierra. Es un coloso. Su busto desnudo, su delantal de cuero, su rostro, están negros de sudor y de carbón. Avanza

hasta el jefe. Su barba negra está curtida». Ofrece su vehículo como regalo al Patriarca, que «lo contempla sin emoción ni alegría». Denis, el nuevo Vulcano francés, dice que ha tardado diez años de trabajo secreto para construir su máquina. «Quería darte la sorpresa», explica a Francisco (Barjavel, 1979).

«Cae la noche sobre la aldea». El Patriarca pregunta a Denis de dónde sacó la idea. «Considerando una marmita al fuego. El agua que hervía elevaba la tapa», responde el herrero. Pone su creación a los pies de Francisco, para mejorarla y hacer más de ellas. «Está orgulloso de haber construido esta maravilla [...] Su corazón está lleno de amor y alegría» (Barjavel, 1979).

Pero el viejo estalla en cólera: «¡Insensato!». Y lo increpa:

¿No sabes, no les he enseñado a todos, que los hombres se perdieron justamente porque habían querido evitar su pena? Habían fabricado mil y mil y mil tipos de máquinas. Cada una de ellas reemplazaba una de sus gestas, uno de sus esfuerzos. Ellas trabajaban, andaban, miraban, escuchaban por ellos. Ya no sabían servirse de sus manos. Ya no sabían hacer esfuerzo, ni ver ni oír. Su carne inútil se había fundido alrededor de sus huesos. En sus cerebros, todo el conocimiento del mundo se reducía a la conducción de esas máquinas (Barjavel, 1979).

Francisco anuncia a Denis que no lo dejará, ni «a sus hermanos tras él», circular «sobre esa ruta de desgracia». La máquina debe ser destruida. Y eso no basta: «Es necesario que sea destruido el cerebro que la ha concebido». El herrero se espanta. «No ha querido hacer mal. Es inocente, es puro. Está seguro de tener razón. Quiere hacer más suave la tarea de los hombres, no traerles desgracia» (Barjavel, 1979).

Denis, desesperado, toma una barra de bronce para defenderse. El Patriarca va hacia él, cuchillo en mano. «Hay que destruir el mal desde su nacimiento». Lanza sobre el joven una piedra pesada, que

le quiebra la nariz. «El herrero ruge de dolor, levanta su barra con las dos manos y la abate sobre Francisco», que cae muerto (Barjavel, 1979).

Es un momento mitológico. Vulcano ha asesinado a Júpiter. Sobreviene una de esas escenas que el cine suele vincular con la muerte de Jesús. «Un gran viento se levanta», ruge, cierra las puertas. «Los árboles gimen, el agua del torrente hierve. Un velo negro desvanece el cielo, borra las estrellas. La tierra refunfuña, los montes tiemblan sobre sus raíces», etcétera. En medio del apocalipsis, «un hombre rubio está al comando» de la máquina «y la conduce al abismo». Es Pablo, el heredero, que salta a tierra y el monstruo se hunde en las aguas.

Entonces todo se calma. El orden natural se restablece. Pablo, la cabeza baja, está de duelo. Por ayudar al mensajero desvanecido, ha llegado tarde. No ha podido salvar al «padre del mundo nuevo». El ancestral tilo de las reuniones ha sido abatido por la tempestad.

Pablo reza de rodillas ante el cuerpo del Patriarca. Luego, «el jefe rubio se levanta» para dar inicio a un funeral épico, con sabor de antigua Galia. Y el libro termina así: «Toda la noche, Blanca había velado, esperado el retorno de su padre y de su esposo. Cuando escuchó el rumor, fue a abrir el portal. Al pasar por los rosales, recogió una rosa y la puso en sus cabellos» (Barjavel, 1979).

8. CONCLUSIÓN

En una Francia derrotada, que ha perdido a París y se ha refugiado en la Provenza, al calor de ideales campesinos enarbolados por un viejo patriarca, Barjavel compone la epopeya del nuevo orden. Es una verdadera Petaineida, tan obvia como podía serlo para el lector francés de entonces. La molición del hombre, su deseo de comodidad, su rechazo del esfuerzo, conducen al colapso. Tal como el mariscal lo ha dicho, refiriéndose al desastre frente a Alemania.

Solo un regreso a la tierra puede salvar al mundo (o, por lo menos, a Francia). Un retorno a las raíces paisanas, a la familia tradicional, a las aldeas, al cultivo de fundos limitados, a la cría de pequeños rebaños. Un ordenamiento jurídico autoritario, emanado de un patriarca supremo, debe asegurar con rigor extremo que el mundo capitalista industrial nunca vuelva a construirse, que el individualismo perezca para siempre, que la humanidad se perfeccione según los paradigmas de la eugenesia y el racismo. La Francia iluminista y sofisticada se ha suicidado.

Galia, rubia y fornida, de rosada piel curtida por el viento y dorada por el sol, renace de sus cenizas, blandiendo orgullosa, como la mítica hacha de dos hojas, su ordenamiento jurídico.

REFERENCIAS

- Barjavel, R. (1979). *Ravage*. Denöel.
- Digithèque MJP (2006). Convention d'armistice. <https://mjp.univ-perp.fr/france/1940armistice.htm#1>
- Imagerie de la Révolution nationale (1942). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Imagerie_de_la_R%C3%A9volution_nationale.jpg
- Frémion, Y. (s. f.). Barjavel René. En *Universalis*. <https://www.universalis.fr/encyclopedie/rene-barjavel/>
- Pétain, P. (s. f.). Discours et messages du maréchal Pétain. Discours du 23 juin 1940. *Livres de Guerre*. <http://pages.livresdeguerre.net/pages/sujet.php?id=docddp&su=48&np=306>
- Pétain, P. (s. f.). Discours et messages du maréchal Pétain. Discours du 25 juin 1940. *Livres de Guerre*. <http://pages.livresdeguerre.net/pages/sujet.php?id=docddp&su=48&np=97>

- Pétain, P. (s. f.). Discours et messages du maréchal Pétain. Discours du 13 août 1940. *Livres de Guerre*. <http://pages.livresdeguerre.net/pages/sujet.php?id=docddp&su=48&np=290>
- Pétain, P. (2007a, 17 de julio). Discours et messages du maréchal Pétain. Discours du 20 juin 1940. *Livres de Guerre*. <http://pages.livresdeguerre.net/pages/sujet.php?id=docddp&su=48&np=96>
- Pétain, P. (2007b, 17 de julio). Discours et messages du maréchal Pétain. Message du 11 juillet 1940. *Livres de Guerre*. <http://pages.livresdeguerre.net/pages/sujet.php?id=docddp&su=48&np=307>
- René Barjavel (2020a, 21 de febrero). En *Wikipedia*. https://de.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_Barjavel
- René Barjavel (2020b, 25 de mayo). En *Wikipedia*. https://ru.wikipedia.org/wiki/%D0%91%D0%B0%D1%80%D0%B6%D0%B0%D0%B2%D0%B5%D0%BB%D1%8C,_%D0%A0%D0%B5%D0%BD%D0%B5
- René Barjavel (2020c, 24 de octubre). En *Wikipedia*. https://es.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_Barjavel
- René Barjavel (2021a, 10 de septiembre). En *Wikipedia*. https://it.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_Barjavel
- René Barjavel (2021b, 13 de julio). En *Wikipedia*. https://en.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_
- René Barjavel (2021c, 24 de septiembre). En *Wikipedia*. https://fr.wikipedia.org/wiki/Ren%C3%A9_Barjavel#La_guerre